



AMAPOLA

Clara Peña Ramos, 1º de Bachillerato A



Amapola

Mi nombre es Amapola y soy una tierna niña, diría que soy como la misma flor. Cuando sigo fijada en la tierra, soy serena, vivaz, como si fuera igual al resto de las flores del valle. Me gusta mucho el sol, pero cuando el calor es excesivo para mí, no tardo en marchitarme. Lo mismo me pasa con quienes me arrancan; cuando lo hacen, pronto me siento débil y perezco.

Nunca sé lo que quiero porque nunca lo he sabido. Alguna vez me interesé por las mariposas. Aunque en esa etapa, ni siquiera yo misma conocía mis gustos personales. Entonces, un día fui al campo, mi paraíso espiritual desde siempre. No estaba esperando nada, solo existía. Sin embargo, en mi retiro apareció por sorpresa un ser casi místico, que al verlo en primera instancia me pareció un ente perfecto. Sus alas eran redondeadas y diminutas. Sin embargo, su pequeño tamaño no me impedía apreciar la variedad de tonos azulados que las pintaban, todos ellos reflejados en mi pupila. Su cuerpo era delgado y negro.

Rápidamente subí a mi cabaña para coger un recipiente que me sirviera para capturarla. Cuando ya lo tuve, me acerqué a ella con sigilo. En el momento en el que la atrapé y la introduje en el frasco, mi estado fue apático, pues era mayor la ilusión previa al hecho, que el logro mismo.

Los primeros tres días que conté con su presencia, me limité simplemente a observarla. Me fijé en que de ella sobresalían dos antenas, que como si de radio se trataran, pocas veces cogían señal. El resto de las ocasiones no tenían función, únicamente servían para percibir el entorno. Pero nunca a mí, sino al resto de las flores del valle. Las rosas son fuertes, resistentes y de colores mucho más llamativos que las amapolas, mas no más intensos. La intensidad es otra cosa que pocos consiguen entender.

La primera semana da paso a la segunda. Aquí ya me empecé a dar cuenta de que la mariposa no me daba aporte alguno. Tan sólo trataba de volar en lo que el poco espacio le permitía. Yo sentía verdadero pavor de que escapara en cualquier momento. La quería inmovilizada y atenta

a mi necesidad de conversación. No obstante, ella no quería eso, tenía sus propios intereses y aficiones, como succionar el polen y el néctar. Es a ello a lo que necesitaba dedicar la totalidad de sus ciento quince días vitales. Yo ya le había robado siete de esos días; la culpa me amenazaba.

Una tarde, mientras observaba a la mariposa revolotear inútilmente dentro del frasco, sentí un remordimiento tan profundo que decidí liberarla a pesar de mis temores.

Abrí la tapa y volqué el frasco, esperando a que se fuera sola. Luego, verbalizando, lo intenté, pero no resultó. No existe comprensión. Yo no hablo lenguaje de mariposas, y ella no entiende a las mentes sensibles.

Así pues, di unos golpecitos en la parte trasera del frasco, cada vez más insistentes. Parecía no dar resultado; la mariposa se negaba a salir. Finalmente, muy indignada acabó saliendo a la fuerza. Tan pequeña y delicada, debía creer que yo me consideraba el centro del mundo. Mi intención, sin embargo, era acabar con la agonía y que hubiera bienestar recíproco.

Mientras que revoloteaba libre la mariposa por encima del resto de las flores del valle, lo único que pude hacer fue llorar durante horas. Entre tanto, la mariposa era incapaz de entender lo buena que era su liberación para ella. Yo, en ese momento me estaba quitando un gran peso de encima y todavía no era consciente.

Desde entonces, cada vez que veo una mariposa, me acuerdo de la valiosa lección que me enseñó esta pequeña criatura. Y así, pese a mi fragilidad, sigo creciendo y floreciendo hasta en la sequedad de los terrenos, obra del propio sol que tanto me agrada.